THE HORUS HERESY®

THE PHOENICIAN

Nick Kyme



In his dying moments, Gabriel Santar witnesses his father's murder at the hands of Fulgrim



LA HEREJÍA DE HORUS

EL FENICIO

NICK KYME

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

Primarcas

FULGRIM	Primarca de los Hijos del Emperador
FERRUS MANUS	Primarca de los Manos de Hierro

La Legión de los Manos de Hierro

GABRIEL SANTAR	Capitán de la 1ª compañía y Palafrenero de los Manos de Hierro

Me estoy muriendo. La parpadeante pantalla retinal me indica que mis miembros cibernéticos todavía funcionan, pero no puedo moverlos. Sin la carne para dirigirlo, el hierro no vale de nada. Sin un motor que la impulse, ¿de qué sirve una máquina? A pesar de toda su ostensible fortaleza y resistencia, ahora descubro que el hierro es tan débil como la carne. Es irónico que sea precisamente ahora cuando me asalte esta revelación.

Julius se aleja de mí, ese perro arrogante. Me lleva un momento comprender por qué está boca abajo y lo que veo son sus botas blindadas desaparecer en la distancia. Mi armadura táctica dreadnought ha fallado: estoy tirado en el suelo, boca arriba.

Y no estoy solo.

Los muertos están por doquier, y sus filas se engrosan a cada segundo que pasa. Los Morlocks en su negro funerario me rodean. Veo retazos de iconografía y manchas de sangre. Sus heridas son frescas, y su legado y las del resto de la legión perdurarán mucho después de que la batalla haya terminado. Aunque yo no veré ese fin.

No siento remordimiento ni tristeza: la rabia me inunda en su lugar, un pozo negro de odio en el que me voy hundiendo.

Dejo caer la cabeza a un lado y veo una cara que reconozco. Con esfuerzo y una voz áspera logro pronunciar su nombre.

—Desaan…

No contesta. Mi hermano ya se ha ido.

Intento suprimir el sentimiento de fatalismo que me embarga de la misma forma que el escalofrío de la muerte comienza a tomar mi cuerpo. Quiero creer que todo esto puede acabar en victoria, que no nos han aniquilado sólo con una mentira.

Entonces lo veo, emergiendo de entre una nube de humo, reverberando en medio de las oleadas de calor de un millar de fuegos… y veo a su oponente. La muerte está cerca, noto sus manos alrededor de mi garganta, arrastrándose a través de mis entrañas con sus garras ansiosas. Me han abierto del abdomen hasta el cuello, y el

dolor rivaliza con todo lo que he sentido hasta ahora… Debo aguantar. Tengo que ver esto. La oscuridad se cierne en los bordes de mi visión, pero logro mantenerme consciente.

Dos hermanos se enfrentan en mitad de un océano de guerra en el que los muertos se apilan a sus pies.

El porte de uno es adusto, sus ojos pozos de mercurio, su pelo corto. Frío e indómito, su cara es abrupta y dura como un barranco de Medusa. Blindado en negro como el carbón, sus brazos de plata irisada, es la fuerza física personificada y poseída por la venganza.

Ferrus Manus, la Gorgona. Mi padre.

El otro es esbelto, incluso envestido de su armadura púrpura y oro. Sus rasgos son hermosos, es el epítome de la perfección física, su pelo blanco ondea como llamaradas alrededor de su cabeza. Blande *Rompeforjas*, el arma de mi padre. Trepa a un saliente de roca, vanidoso y a la vez mortal, sus movimientos son un alarde de agilidad y arrogancia.

Fulgrim, el Fénix. El hermano de mi padre.

Ferrus Manus lo matará por su afrenta. Mientras camina hacia el saliente de roca —con los vivos apartándose de su camino, lo muertos aplastados bajo sus pies—, desenvaina *Hoja llameante*. El arma arde tan intensa y justificadamente como su ira.

Fulgrim mantiene su sonrisa. Abre los brazos como si quisiera estrechar entre ellos a la Gorgona, aunque en realidad el gesto es una parodia de reto. Bajo ambos, los pocos supervivientes del clan Avernii chocan con la Guardia de Fénix. Las garras de energía se cruzan con las alabardas, y la cifra de víctimas aumenta entre los Morlocks y los Hijos del Emperador.

Me he desvanecido un segundo. Cuando vuelvo en mí mis ojos están ensangrentados y el resto del combate lo veo a través de un velo carmesí que los filtros de mis lentes no pueden corregir.

Rompeforjas —un arma demasiado noble para esas innobles manos— es muy pesado, pero Fulgrim lo blande sin esfuerzo, y eso me recuerda su extraordinario poder.

Mi padre pronuncia palabras de acusación, pero no logro escucharlas. Enseña los dientes cuando los aprieta como un depredador que gruñe. También veo los dientes de Fulgrim, entre los labios de un mentiroso.

Y a la decepción sigue la furia. Ferrus Manus carga hacia el saliente de roca sobre el que lo espera su hermano.

La Gorgona es un luchador, todo fuerza bruta incontestable, pero los movimientos de Fulgrim están coreografiados como los de un bailarín. Incluso con un arma tan pesada como *Rompeforjas*, es veloz y preciso. Descarga una lluvia de golpes sobre la defensa de mi padre, le hace hincar la rodilla una vez tras otra. Pero Ferrus Manus no puede ser doblegado. La ira es el fuego que lo alimenta, y Fulgrim puede notar su calor. Su sonrisa vacila, convertida en un gesto de incertidumbre.

Me siento cada vez más débil. Mi cuerpo se está apagando. Mi mente se aferra a una hebra de consciencia. Tengo que ver esto. Tengo que saber…

Se mueven en círculos, dos semidioses rodeados por mis hermanos moribundos. Un pedazo de la hombrera de mi padre salta bajo otro golpe. Su respuesta es rápida, con ambas manos traza un fiero corte en la coraza del Fénix. Ahora la Gorgona retrocede, tras el golpe que recibe del pomo de *Rompeforjas*. Contesta a su vez con un tajo descendente que Fulgrim esquiva; un segundo corte le abre una de las mejillas. Éste golpea entonces a mi padre con el mazo de guerra, el impacto le saca el aire de los pulmones a mi padre y lo deja boqueando. Un corte cruzado a la desesperada mantiene alejado al Fénix, quien tiene que dar un salto atrás para evitar el corte de *Hoja llameante*. Con una sola mano, Fulgrim traza un círculo sobre su cabeza con el arma robada y la descarga con una fuerza mortal, pero Ferrus Manus logra bloquearla. Entre ambos nace una cascada de chispas, los rayos de energía danzan entre sus armas.

Oigo un trueno, y por un momento tengo la impresión de que la propia tierra tiembla ante la furia de este duelo.

Por un momento se quedan trabados, inmóviles, hermano contra hermano, *Hoja llameante* crepitando contra el asta de*Rompeforjas*.

Con un rugido, Ferrus Manus se sacude a Fulgrim de encima, pero el Fénix se recupera rápido. Gira sobre sí mismo para evitar la estocada que buscaba su pecho

y encaja un puñetazo en la mandíbula de la Gorgona. Mi padre sacude la cabeza a la vez que alcanza con la espada el flanco de su hermano. No estoy seguro —mi visión comienza a enturbiarse, el dolor se ha convertido en una vaga insensibilidad que pronto se volverá un frío interminable—, pero juraría que el Fénix exhala un gemido de placer al recibir la herida. En verdad es un depravado.

Fulgrim estalla en una risa de burla. Su arrogancia no tiene límites, ni siquiera frente a ese odio incandescente. Salvajemente, a golpes mi padre arranca una de las guardas del hombro de la armadura de Fulgrim. Si pudiera alzar un puño en señal de victoria lo haría: con una inercia inapelable, la Gorgona desbarata la guardia del Fénix y lanza un golpe profundo y definitivo con *Hoja llameante*. Obro los ojos todo lo que puedo, anticipando la victoria… Pero Fulgrim contraataca, más veloz de lo que ningún guerrero podría, y desvía el golpe antes de lanzar el suyo propio al cráneo de mi padre.

La angustia asciende por mi pecho, pero no me atrevo a apartar la mirada, aunque ahora ya no podría aunque quisiera.

Ferrus Manus está aturdido, con una rodilla en tierra, pero mantiene su resolución. La sangre se escurre de la herida en su cabeza, empapándosela como una mortaja roja. Apretando los dientes, encuentra un resquicio en la guardia por lo demás perfecta del Fénix, y le hace un profundo corte en el torso.

Fulgrim retrocede, *Rompeforjas* se escapa de sus dedos y se dobla sobre sí mismo. Ambos de rodillas, los dos primarcas se miran el uno al otro, y me sorprende la expresión de profunda melancolía en los ojos del Fénix. Quizá por un instante haya recuperado su lucidez, porque lo que veo en él es auténtica tristeza. Una tristeza que reemplaza una mirada de aceptación cuando Ferrus Manus se pone en pie.

Mi padre alza *Hoja llameante*, que por un instante parece un cometa suspendido en un tiempo congelado.

Estoy a punto de cerrar los ojos, de entregarme al final de mi vida. La muerte ha detenido su avance el tiempo suficiente para permitirme presenciar esto, y estoy agradecido por ello.

Pero el golpe fatal no llega. Parpadeo y me pregunto si no habré vuelto a desmayarme, si no me he perdido algún momento crucial.

Una hoja de plata parpadea en la mano de Fulgrim. Asciende a la vez que cae *Hoja llameante*.

El duro fogonazo me hace daño en los ojos, pero ya no me queda fuerza ni para apartar la vista. Un aura, oscura y arcana, envuelve a ambos primarcas: y Fulgrim es quién está en pie y mi padre de rodillas, su armadura rota como si fuera de pergamino.

Quiero gritar de rabia ante esta injusticia. El destino ha sido frustrado, desviado de su cauce.

Y en ese momento cercano a la muerte, lo veo: veo la cosa que vive dentro del Fénix. Es viperina y retorcida, todo lo opuesto a su anfitrión de carne, al que en este momento roba toda su belleza. Los ojos de Fulgrim se cruzan con los míos y se abren de horror. Puedo ver en ellos la urgencia desesperada en su interior que grita por no matar a su hermano.

Ejecuta el golpe. Nada puede pararlo. La piel de hierro se abre, atravesada por un fuego amatista.

Puedo notar el olor de algo corrupto, carne podrida y piel ajada, una ola que recorre las lomas, llegándome de algún lugar ignoto en los vientos catabáticos. Me pasa por encima a mí y a los muertos, y oigo las voces que trae consigo.

Las voces no paran de gritar.

Algunas de las voces entre los gritos me reclaman. Vienen de la Tierra de Sombras de Medusa, donde los espectros que vivieron lejanas vidas olvidadas aún caminan. Vienen a por mí, los guerreros masacrados del clan Avernii, con la intención de llevarme con ellos, para otorgarme la paz. Los veo, pero sus caras cambian, los nobles hijos de Medusa se convierten en fantasmas hambrientos, sus dedos se retuercen en garras, sus ojos se convierten en cuencas oscuras sin globos oculares. Quieren arrastrarme a la oscuridad, y reúno toda la voluntad que me queda para negarles el festín de mi alma.

Sobre la llanura de Isstvan, una tempestad helada se desata, con mi padre y sus asesinos en su corazón mismo. Veo la esencia vital de la Gorgona abandonándolo a través del cuello cercenado. Su cabeza yace a un lado, con los ojos vidriosos y la furia grabada en su cara.

Y cuando el viento muere, mi tormento comienza.

Fulgrim se agacha, sólo que ya no es el Fénix. Cuando se levanta lleva la cabeza ensangrentada de mi padre en la mano, y parece presentármela.

No veo un a primarca: contemplo a un monstruo. Mi cercanía a la muerte me ha concedido esta visión de la verdad.

Y en ese instante, cuando mi corazón late por última vez y mi aliento final se escapa dolorosamente de mis pulmones, comprendo a lo que nos enfrentamos. Lo puedo ver claramente.

Veo que a lo que nos…

FIN DEL RELATO